

DESTINO

Esperando a  
los años que  
no vuelven

César Antonio  
Molina

## Índice

Portada

Dedicatoria

Cita

Esperando a los años que no vuelven

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Mercedes y Laura  
por tantas horas robadas.*

«Mi querido Max, aquí está mi diario. Como verás, dado que no está destinado únicamente a mí, he fabulado un poco, no puedo evitarlo, en todo caso una fabulación de este tipo no tiene ninguna intención, más bien proviene de mi naturaleza más íntima.»

F. K .

UN REGALO DE REYES — Antes de que yo tuviera uso de razón, ya estaba allí, encima de mi cama, vigilando mis sueños. Nada más nacer, por mis primeros reyes, mi padre me compró este muñeco: un niño indio vestido con indumentaria de guerra. El traje marrón aterciopelado, pantalón y guerrera llenos de flecos, sus pequeños mocasines y su cinta pintarrajeada alrededor de la cabeza sosteniendo dos plumas también decoradas con colores. Esta mascota convivió conmigo toda la niñez y juventud. Verla encima de su repisa me daba una seguridad infinita. Cuando me fui a estudiar a la Universidad de Santiago, mi padre la descolgó del lugar en donde había permanecido diecisiete años, y me lo entregó. Aunque lo consideré una impedimenta inoportuna, no tuve más remedio que llevármela. En la habitación de mi piso de la calle San Francisco volví a colocar el muñeco en la última balda de la estantería, junto a los libros más revolucionarios. Mis compañeros no salían de su asombro cuando lo descubrían. Yo enrojecía de vergüenza. Sin embargo, él estaba allí, impasible, y seguía custodiando mis sueños. Cuando vine a Madrid, ya no hizo falta que mi padre me lo entregase. Lo envolví lo mejor que pude y lo coloqué entre las ropas mullidas de mi maleta. De nuevo volvió a ocupar un altillo de mi habitación, ahora compartida, hasta que nació Laura y, para protegerlo de sus manos infantiles, lo llevé a la casa de Olmeda. Allí está en mi estudio, en el piso más alto. Lo coloqué en principio encima de los libros de metafísica, hasta que un día me di cuenta de que ambos íbamos juntos camino del medio siglo. Entonces entendí por qué mi padre me lo compró y entregó: para que no me olvidase de él mientras lo tuviera. Él era en realidad quien me custodiaba, incluso más allá de la muerte, a través de esta imagen. Entonces lo descolgué de su altura, lo abracé y lo co-

loqué en un gran sillón donde ahora está tan campante con sus manos apoyadas sobre los brazos del mueble. A menudo me siento junto a él, y es como si todo lo que grabó en su memoria, de repente, llegase a la mía. Así, en medio de este silencioso diálogo, me encuentra a veces Laura. Le arregla su despeinado flequillo, le afila las puntas de sus despintadas plumas y le acaricia los carrillos de porcelana.

En el antiguo Japón había muñecas de tamaño natural que representaban a criaturas de dos o tres años. Estaban tan perfectamente construidas y vestidas que parecían reales. Pasados los años, los niños las trataban como hermanos y los padres como a un hijo más. Se les servía comida, se les hacía la cama, se les cambiaba de traje y tenían un nombre. Si se las descuidaba comenzaban a llorar y si se las maltrataba caía sobre esa casa el infortunio. Incluso se prestaban a matrimonios sin hijos para que los apadrinaran y compartieran su custodia. Una muñeca conservada durante muchos años en una familia, amada por generaciones de infantes que jugaron con ella, adquiría poco a poco alma y memoria. «¿Cómo es posible una muñeca viva?», preguntó Lafcadio Hearn a una niña. «Si la amas lo suficiente, vivirá», respondió. En el antiguo Japón, las muñecas jamás se rompían ni se tiraban, ni siquiera se las quemaba o enterraba, pasaban de generación en generación y eran apreciadas como reliquias. Pero como todo, finalmente, se deteriora y muere, siglo más siglo menos, los restos mortales se los llevaban al dios Kojin, una divinidad un tanto misteriosa: medio budista, medio sintoísta. Su templo era un árbol llamado Enoki, y estaba rodeado de altares con los restos esqueléticos de las muñecas. Mi indio es un Tokutaro-San, si fuera una muñeca se llamaría O-Toku-San. A Laura le tocará en herencia este hermano y espero que, también a su debido tiempo, se dé cuenta del porqué.

EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE — Voy andando tras la bicicleta de Laura, que se desliza por el parque del Retiro. Enfilamos el paseo de coches y veo al fondo el alto pino copudo. Laura acelera su pedaleo y la voy perdiendo de vista. Edgar Neville, en *El baile*, utilizó este exterior para mostrarnos en su filme el paso del tiempo. Hace más de un siglo las endomingadas familias madrileñas paseaban entonces por aquí caminando o en carruajes, como nosotros lo hacemos ahora deportivamente y en bicicletas o patines. Esta larga avenida, limitada a lo ancho por jóvenes plátanos, me recuerda al mismo camino de la vida. Mientras sigo la estela de mi ciclista marco de forma imaginaria el lugar del tiempo que he recorrido, y alzando la vista atrás y adelante veo más lejos el punto de partida que el de llegada. El pino, que debe de tener mi misma edad, le da un porte romano a esta otra Vía Apia. Laura me espera sentada a su sombra y me riñe por la tardanza. Continuamos hasta la plaza del Ángel Caído y de allí vamos hacia la salida por el Casón del Buen Retiro. Aquí, la disposición del jardín a la francesa crea pequeños laberintos de setos. Mientras ella juega a salvarlos yo la espero junto al ahuehuete, esta conífera arbórea, elástica y de gran calidad, este *Taxodium mucronatum ten*, de la familia de las toxodiáceas, es el ciprés de Moctezuma, el árbol de la noche triste de Hernán Cortés. Esta especie de ramas dísticas, largas y delgadas, flores monoicas y fruto en forma de piña, debajo de cuyas escamas existen dos semillas, abunda en México formando extensos bosques. Hay ejemplares imponentes. En Santa María de Tula, en Oaxaca, vi uno. El árbol del Tule, el Gigante, un colosal ahuehuete que se encuentra en el patio de la iglesia de una antigua misión española. Cuando, en el año 1803, lo visitó Alexander von Humboldt, tenía ya entonces cuatro mil años. Impresiona no tanto por su altura, unos cincuenta metros, sino por el grosor de su circunferencia, más de sesenta metros. Se parece a un inmenso hongo o a un monstruo mitológico, y sus infinitas ramas cobijan a cientos de aves.

Muy pocos árboles como el abeto de Santa Lucía de California, de seis mil años, o el drago del Seminario de la Laguna, en Tenerife (Canarias), de la misma edad que el norteamericano lo superan. Este último también lo vio el científico alemán, mientras que Darwin siempre se quejó de no haberlo podido admirar debido a que su barco sufrió una cuarentena.

El ejemplar que contemplo es todavía muy joven, apenas tiene algo más de tres siglos. Fue plantado alrededor de 1633. Es, sin embargo, el más viejo del parque y quizá también de todo Madrid. Las tropas napoleónicas instalaron su cuartel en este lugar y se dedicaron a talar todas las viejas y venerables especies excepto este ejemplar. Algo debió de impresionarles para respetarlo. Es como un gran candelabro de varios brazos, se asemeja igualmente a un lanudo mamut. Laura, cansada, viene a reposar junto a mí. Me nota tan embelesado con aquel árbol que me pregunta por su edad. «Es más viejo que yo y más joven que tú», le respondo. Ella me sonríe con sus cómplices ojos azules y de nuevo se va a jugar por entre las rejas que lo protegen. Miro esta arquitectura del tiempo, este monumento, mientras vigilo las correrías de la niña. Entonces se me vienen a la cabeza los versos que Yeats le escribió a su hija: «Que belleza le sea concedida, mas no / belleza que conturbe el ojo del extraño / o el propio ante un espejo, pues tales, / siendo a tal punto bellas, / estiman la belleza un suficiente fin, / pierden la bondad natural o tal vez / la intimidad que el corazón descubre / y bien elige, y un amigo no encuentran». Regresamos a casa al caer la noche. Al acostarla me quedo mirándola. En ella me veo a mí y en mí noto a mi padre que me besa y presigna y toca suavemente mi frente. Su gesto de ternura era semejante al mío de ahora: tan satisfecho, tan resignado, tan breve. «¿Qué hombre se ha inclinado sobre el rostro de su hijo, sin pensar cómo esa cara, ese rostro / se inclinará sobre él cuando esté muerto?», di-

ce un soneto de Dante Gabriel Rossetti. Laura me sonríe, me aprieta la mano. No me dice nada. Ella y yo lo sabemos todo.

EN LA GRUTA DE FINGAL — En la abadía de Westminster, en Londres, la tumba de James Macpherson, el autor de *Fingal, un antiguo poema  pico*, está junto a la del doctor Johnson. A este crítico virulento e intransigente, que tan bien retrató James Boswell, su ahora vecino de eternidad le parecía un farsante. Johnson estaba convencido de que los poemas del recopilador escocés no eran originales baladas ga elicas perdidas y reencontradas, sino un fraude poético salido de su propia pluma. Así lo dejó escrito en el *Journey to the Western Islands* (1775). No entiendo por qué un crítico tan sagaz se rasg o las vestiduras,  acaso no es precisamente  sa la esencia de la creación literaria? Además perpetró tan perfectamente su ficción que estos supuestos fragmentos de poesía antigua recogidos en las Highlands, las tierras altas de Escocia, y traducidos de la lengua ga elica o erse, causaron revuelo en la ciudad de Edimburgo a mediados del siglo XVIII. Adam Smith, cuya tumba está en la iglesia de Canongate Kirk de esa ciudad, dijo que eran versos maravillosos. David Hume creyó en el hallazgo casual y Goethe o Napoleón leyeron estos versos con entusiasmo. El mismo efecto causaron en autores españoles como el duque de Rivas, Espronceda o los gallegos Nicomedes Pastor Díaz y Eduardo Pondal, el más c ltico de todos ellos. Isidoro Montiel ya se ocupó de este asunto en un libro magnífico titulado *Ossian en España*. Fingal, Finn Mac Cumail, en los poemas ossi nicos de Macpherson, es hijo de Cumal, muerto en la batalla de Cnucha. Criado por Amazonas, Finn se convierte en un terrible guerrero. Su hijo es Ois n, es decir, el ciervo, de la misma manera que el nombre

sagrado de Finn, Demne, significa gamo. Un mago había transformado a su madre en cierva. Esta saga de los fianna estaba vinculada al culto prehistórico de los cérvidos. Jean Markale afirma que Finn (sobrenombre que significa «blanco, bello, rubio, de buena raza» y proviene de la raíz *vindo*, que aparece en el nombre de los vénetos y el de Venus), como Arturo, sucumbe a una coalición de enemigos «y es posible ver en la organización de los fianna uno de los prototipos de la caballería de la tabla redonda». Vuelo de Londres a Glasgow con la intención de llegar hasta la gruta de Fingal. En la capital escocesa tomo un autobús a Oban. Atravieso tierras de lagos y pantanos, grandes extensiones de pastos y montañas. A orillas de Loch Ave, uno de los mayores lagos escoceses, están las ruinas de Kilchurn Castle, una fortaleza que fue abandonada tras incendiarse a causa de un rayo en el siglo XVIII. Me gustan más que el orgulloso Inveraray Castle, palacio neogótico rodeado de cuatro altas torres cónicas. Todo el paisaje está cubierto por una espesa niebla que en vez de bajar de lo alto parece surgir del mismo centro de la Tierra como si se tratase de una gran fumarola. Pernocto en este pequeño puerto. Es media tarde y ya no hay una sola alma por la calle. Oban es conocido como la puerta de las islas. Está construido sobre la ladera de una colina en cuya cima hay una curiosa construcción. Es la Mac Caig's Tower, una reproducción descabellada del Coliseo romano, levantada a finales del siglo XIX. Más auténticas son las piedras desmochadas de su Dunnollie Castle. A la mañana siguiente atravieso en un transbordador el estuario del Lorne en dirección a la isla de Mull. Desde este puerto, los transbordadores salen también habitualmente hacia Coll, Tiree, Barra, South, Llist, Isla, Colonsay y Lismore. Estoy en la cresta del Reino Unido, en medio del archipiélago de las Hébridas, en pleno océano Atlántico. La lancha que me conduce desde los muelles de Mull a Staffa se llama *Oscar*. Le pregunto al veterano patrón, que también se llama igual, si es un homenaje a sí

mismo. Sonríe y me responde que el tal Oscar era uno de los hijos de Ossian, nieto de Fingal, es decir, «el que ama a los ciervos». Mull es la más grande de las islas Hébridas. La playa de Calgary mantiene su belleza salvaje y en el Duart Castle aún se conservan las mazmorras donde estuvieron presos los tripulantes de un galeón español hundido a finales del siglo XVI. Staffa e Iona son dos promontorios rocosos frente a la costa occidental de Escocia. En Iona, durante el siglo VI, cuando comenzó a difundirse la fe cristiana, estuvo el misionero irlandés san Columba. La tradición afirma que en el camposanto de la abadía yacen 48 reyes escoceses. Staffa tiene cuatrocientos metros de largo por doscientos de ancho, y es la que alberga la gruta de Fingal. Apenas se ven grupos de gaviotas chillando y Oscar me dice que muy pronto volverán las colonias de frailecillos. La barca que me lleva combina lo turístico con la pesca de bajura. Staffa fue explorada por un grupo de naturalistas dirigidos por sir Joseph Banks a finales del Siglo de las Luces. Entonces sólo encontraron a un habitante metido en una choza que hablaba gaélico. La gruta de Fingal es un gran templo sostenido por ciclópeas columnas basálticas. Le doy la razón al escritor alemán Theodor Fontane, que viajó por estas tierras hace más de un siglo y describió el antro como una catedral gótica. La entrada en arco y los pilares en forma de canalones le recordaban la abadía de Westminster, especialmente las capillas de Enrique VII. Por el contrario, discrepo con lo que escribió Horace Walpole, según el cual «la naturaleza ama la arquitectura gótica», es decir, que esta gruta parece haber sido hecha por la mano del hombre más que por la de Dios o la de los dioses celtas. Más bien sería el gótico el que podría haberse inspirado en estas arquitecturas salidas de la fragua del caos primigenio. Las columnas parecen sostener al mundo, y también se asemejan a perdidas sendas de antiguos gigantes destronados. Uno von Troil, obispo de Linköping, comparó estas arquitecturas en bruto que provienen de antes de la creación o del más

allá de la muerte con la columnata del Louvre y la de Bernini en San Pedro en Roma. Von Troil afirmó que eran superiores a las realizadas por los hombres. Oscar para el motor y se deja acunar por la corriente surcando más allá de la embocadura. Si la visión estremece, el ruido de las aguas corriendo hacia lo desconocido se asemeja a gritos extraños, a las voces de todos los ahogados. En gaélico, la gruta es *an-ua-vine*: la gruta melodiosa. El genitivo de Fingal es *Fine=vine*: la gruta de Fingal. En el interior, en medio de ese sonido de otro mundo, también estos pilares semejan los tubos de un inmenso órgano pétreo cuyos fuelles se mueven por la furia de los vientos. Estos sonidos del origen de la creación le inspiraron a Mendelssohn, en 1829, su obertura *Las Hébridas*. El compositor captó los ruidos de la naturaleza salvaje, el susurro de las olas, el silbido del viento y los chillidos de las aves. En la gruta de Fingal estuve, como Jonás, dentro de la ballena, dentro del Leviatán, ¿acaso no son también estas rocas colmillos petrificados? «El tiempo se hunde en decadencia / como una vela consumida, / y a las montañas y bosques / les llega el día; / pero tú, amable turbamulta antigua / de los estados del ánimo nacidos del fuego, / tú no desapareces», escribió Yeats.

LOS HUESOS DE GERIÓN — El culto a las reliquias de los héroes que existió en el mundo grecorromano a través del descubrimiento de fósiles de animales prehistóricos se traspasó en la Edad Media al cristianismo, durante la Edad Media, con la devoción a los restos de mártires y santos. La Iglesia católica atribuyó los grandes esqueletos a despojos de ángeles caídos, gigantes ahogados en el diluvio o, incluso, a fragmentos de estrellas fugaces. En la antigüedad el oráculo de Delfos era quien más información proporcionaba para saber dónde podían desenterrarse estos restos venerados:

los huesos de Teseo estaban en la isla de Esciros, donde los descubrió el general ateniense Cimón; los de Tisámeno, hijo de Orestes, los recuperó Esparta en Hélice, en el golfo de Corinto; en la ciudad de Argos estaban los de Tántalo; y en la de Tebas los de Edipo junto con los de Héctor, traídos éstos desde Troya. Los despojos de los héroes derrotados de esta antigua ciudad de Asia Menor permanecían diseminados por toda la Hélade. Los navegantes decían haber visto los de Aquiles en una cueva del cabo Sigeo, cerca de Reteo, lamidos por las aguas. En Tingis (Tánger) estaban las extremidades del gigante Anteo, fundador de la ciudad. En la isla de Samos, en el templo de Hera, se custodiaban los huesos petrificados de las Níades y otros que se atribuían a seres mitológicos de otros lugares y que los peregrinos habían traído hasta allí.

Ovidio cuenta que contempló en Roma los largos colmillos del mítico jabalí de Calidón (¿un elefante prehistórico?). Se mostraban en el templo de Atenea de Tegea, en Grecia, y fueron robados por Augusto. Este emperador montó en la isla de Capri el primer museo paleontológico. La colección la continuaron Tiberio y sus sucesores. El templo de Apolo en Cumas se vanagloriaba de poseer los esbeltos colmillos del jabalí de Erimanto. Virgilio se quedaba asombrado ante la cantidad de inmensos esqueletos descubiertos por los arados de los campesinos. Los distintos imperios se dedicaron a saquear los templos para robar el prestigio que les proporcionaba el estar unidos al pasado heroico y mitológico. En realidad todos buscaban los huesos de Gea, de la Madre Tierra.

Algunas de estas calaveras estaban colgadas en los árboles de los bosques sagrados, entrechocándose y produciendo sonidos semejantes a los gritos que debían de dar cuando vivieron. De entre los huesos más celebrados estuvieron los de Gerión. Olimpia se los disputaba a Témeno, cerca del río Hilo, en la actual Usak (Turquía). Unos y otros, para demostrar la verdad de sus argumentos hablaban de

la cantidad de huesos de bueyes y cuernos que se habían encontrado en los alrededores. Pero Pausanias no estaba de acuerdo con ninguna de las dos localizaciones y optaba como otros historiadores antiguos por fijar la tumba de Gerión en Tartesos. Pero ¿Gerión no estaba enterrado bajo la torre de Hércules en A Coruña?

LOS HUESOS DE NUESTROS ANTEPASADOS — Cuenta Pausanias que, cuando la guerra de Troya parecía interminable, los adivinos profetizaron que los griegos nunca tomarían la ciudad hasta llevar junto a las murallas un hueso del héroe Pélope conservado en un arca de bronce en el templo de Artemisa en Olimpia. El hueso llegó a Troya y, tras la caída de la fortaleza, emprendió el regreso a su lugar de culto, pero una tormenta hizo naufragar la nave y la reliquia se perdió. Años más tarde un pescador la capturó con su red y la enterró en la playa mientras averiguaba qué podía hacer con ella. El oráculo de Delfos sugirió devolver el hueso al templo. Así lo hizo y fue nombrado su guardián. Pélope era hijo de Tántalo, rey de Frigia, y de Eurinasas, hija de Pactolo, el río de las arenas de oro. Su padre, para poner a prueba la omnisciencia de los dioses, lo cortó en trocitos, lo guisó y se lo sirvió a los dioses en un gran festín. Excepto Deméter, todos se dieron cuenta de aquel horror. La diosa debía de estar tan hambrienta que devoró uno de los hombros del infortunado joven. Los dioses castigaron al padre y resucitaron al hijo, pero sólo pudieron restituirle el hueso por otro de marfil. Era este omóplato que se guardaba en Olimpia. En la antigüedad los huesos de animales prehistóricos estaban aún a la intemperie o semihundidos en la tierra. La isla de Samos estaba repleta. Sacerdotes y poetas identificaron